

LA ESCUELA SUPERIOR DE MUSICA

Los compositores españoles de una rigurosa formación intelectual, como Oscar Esplá, llevan años insistiendo, y con razón que les sobra, en la necesidad de una Escuela Superior de Música. De ella, oficialmente, sólo existe la cátedra de virtuosismo del Conservatorio de Madrid, totalmente al margen de un sistema general.

La plena formación del concertista, del director de orquesta, del cantante, del compositor, del musicólogo, exigen ese centro de rigurosa selección, exactamente minoritario, dotado no ya en cátedras, sino en toda una flexible organización de cursos, de intercambios, de contratos temporales con profesores extranjeros. Es demasiado elemental equiparar esto a un curso de doctorado; no, insisto: es todo un sistema que, desde arriba, podría beneficiar a toda la vida musical española. Habrá formas distintas, tipos diversos según cada país, pero los mismos cursos de verano, cuando son importantes, responden a la idea de la especialización en la Escuela Superior.

A través de ella, a través de una musicología técnicamente trabajada, el enlace con la Universidad se verifica de manera normal, porque

de esa especial sección podían salir no aficionados, sino «músicos» para servir la iniciación y el cultivo de la música en los diversos grados de enseñanza. Lo que casi toda la crítica musical española, que no proviene del mundo de la composición, ha hecho de manera tan entusiasta y entregada, sin más tónica que la del empecinado autodidactismo; el admirable esfuerzo del Instituto Español de Musicología se haría plenamente «escuela» de investigación, verdadera sección universitaria trabada en ese organismo.

Desde un punto de vista rigurosamente «profesional», la Escuela Superior de Música vendría no ya a llenar un hueco, sino a terminar con un lamentable desamparo. Piénsese, por ejemplo —no me extendo más en esto, porque en estas páginas mismas se publicará un largo trabajo sobre el tema—, en cómo el nuevo teatro de ópera debe sentirse llamado a dar cauce y medios a una escuela como la española de canto, que cumpliendo su función, y con creces en lo fundamental—toda una serie de nombres de cantantes de auténtica categoría internacional—, espera desde hace años una estructura oficial en grande.

Educación y Desarrollo Económico (*)

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

Director del Centro Coordinador Provincial de Bibliotecas y de la Casa de Cultura de Soria

III

PROYECCION DE LA EDUCACION EN EL DESARROLLO DE LA COMUNIDAD

Desarrollo y educación son conceptos que hoy no pueden aparecer desvinculados. Pretender disociarlos valdría tanto como volverse de espaldas al ritmo propio de nuestro tiempo. Es posible que ahora estén de moda ambos conceptos, e incluso se abuse de ellos. Lo que no puede soslayarse en el mundo actual es su indispensable

(*) *La primera y segunda parte de este trabajo del Coordinador de Bibliotecas de la provincia de Soria se publicaron en los números anteriores de la REVISTA DE EDUCACIÓN (n.º 158, diciembre 1963, pp. 123-127, y n.º 159, enero 1964, pp. 5-9).*

relación. A lo que hoy se debe tender es a un modo armonioso y durable de reciprocidad económico-cultural. Porque de ella no sólo puede esperarse algo tan inmediato como el progreso técnico y la elevación del nivel material de vida, sino una indispensable reestructuración social que asegure el mantenimiento de una nueva y coherente estimativa de los valores permanentes, basada en fundamentos cada vez más justos y equilibrados.

Los economistas son los primeros en afirmar que el capital más valioso es el invertido en el hombre. Pero cabe preguntarse: ¿tan sólo para que produzca más, para que gane más, para que

acrecente su poder adquisitivo? Medrado criterio si aspirase únicamente a estos objetivos tangibles e inmediatos. La aspiración debe alcanzar también a otros horizontes más amplios.

Nos hallamos ante una época de crisis. La técnica y la creciente industrialización señalan un cambio radical en la historia. El paso de una década hoy supone transformaciones más profundas que el de una centuria, si se mira desde comienzos de nuestro siglo hacia atrás.

Han surgido otros problemas. Se han planteado nuevas necesidades. El hombre pide y exige más, y cada vez se le pide más al hombre, pero desde un punto de vista material y utilitario. Parecen olvidarse las más profundas esencias espirituales del ser humano. Quizá porque las individualidades se esfuman en medio de una sociedad masificada y tecnificada. Hasta no hace mucho había mayor concordancia entre las estructuras sociales y la psicología del hombre, individualmente considerado. Ese sentido material y utilitario que aparece en cualquier manifestación de la vida actual se debe principalmente al proceso creciente de tecnificación. Y el hombre, aunque a veces se esfuerce por mostrar su individualidad, se diluye, sin darse cuenta, en medio del ambiente que le rodea y del cual no puede sustraerse.

Sin querer asociamos al proceso de tecnificación el concepto de maquinismo, sin duda porque es de la máquina de donde arranca cualquier desarrollo tecnológico. La máquina es, por otra parte, algo que impresiona por su tamaño o por su dinamismo o por su sola espectacularidad. Los hombres—siempre un tanto infantiles—nos dejamos arrebatar por esa especie de juguete para mayores que es una máquina.

Si se reflexiona un poco—y una educación adecuada podría hacerlo comprender a todos—, la máquina no es el elemento más importante de la técnica, sino el hombre mismo. La técnica—eso sí—es la que asume hoy la totalidad de las actividades del hombre. Por ahora parece que primordialmente las actividades productoras, mecánicas, industriales. Desde ahora habrá que tender—mediante una educación cada vez más extensa y mejor orientada—a que la técnica regule y encauce también las actividades creadoras de raíz espiritual. Como observa un autor (21), «la técnica tiene de mecanismo en su naturaleza la cantidad exactamente necesaria para adecuarse a la máquina; pero la supera con mucho, porque permanece en estrecho contacto con lo humano... La técnica integra a la máquina en la sociedad, haciéndola social y sociable. Técnica hoy es organización, normalización, racionalización... En la práctica no hay nada hoy que escape a las técnicas. Ya nada hay que no sea técnica».

En este mundo actual, en el que la máquina se funde y confunde con el hombre, debemos

evitar el convertirnos en máquinas, y para ello hemos de hacer uso de la inteligencia, convirtiendo a la máquina—como dice Ellul—en social y sociable, pero—me permito añadir—sometiéndola a nuestro servicio. De lo contrario, las máquinas se convertirán en las fieras de nuestro tiempo y acabarán devorándonos a los hombres. Porque un peligro de nuestro tiempo es el papatismo ante la máquina, el apasionamiento desequilibrado que a veces se siente por esa técnica masiva, que parece desarrollarse sin apenas la intervención del hombre. Ese peligro se extiende, asimismo, en la pasmosa predilección actual hacia lo cuantitativo, surgida, sin duda, por el impacto de la producción en serie, sobre todo en países superdesarrollados económicamente, como los Estados Unidos.

El hombre-masa pierde el sentido de su propia individualidad y se deslumbra ante la abundancia de las máquinas, de las estadísticas o de los millones. Sin darse cuenta va perdiendo poco a poco la estimativa de otros valores cualitativos que no son fácilmente mensurables, como los automóviles, las lavadoras eléctricas, las neveras, los televisores o los billetes de Banco... Pero esa casi exclusiva estimación de lo cuantitativo no puede hacer del hombre más que un *parvenu*, un nuevo rico, muy lejos del *gentleman*, del caballero capaz de saborear la vida en su más plena y pura integridad. Como ha dicho Webb, «la grosería creciente de los pobres tiene su correspondencia en la vulgaridad creciente de los ricos». Una economía, una sociedad basadas tan sólo en lo cuantitativo, en el fácil éxito crematístico—olvidando a menudo escrúpulos elementales o desbordando el ritmo de lo prudente—, podrá elevar el nivel material, pero no llegará jamás a ennoblecer, a dignificar al hombre. ¿Para qué entonces tanta técnica y tanto desarrollo económico?

Ese olvido, ese despego, esa postergación lamentable de los valores cualitativos se debe también a la deshumanización actual del trabajo.

El artesano medieval y hasta algún modesto trabajador de hace sólo unos años sentían la íntima satisfacción de su trabajo individual, que ejecutaban desde el principio al fin en su taller, con sus propias herramientas, con el gusto de acabarlo despaciosamente y con la esperanza de cobrarlo o de venderlo. En esas piezas, de lenta y primorosa artesanía, iban incrustados jirones entrañables del propio artífice. El se veía en ellas, y además de esperar una justa y honesta ganancia material, sentía el placer de «la obra bien hecha». El más modesto obrero, el más humilde trabajador se podían considerar un poco artistas.

Ahora, no. Ahora el obrero, el trabajador de nuestro tiempo es un asalariado, a veces de fábricas, industrias o talleres inmensos, de dueños anónimos, y donde ni siquiera se conocen todos los que trabajan. Por otra parte, trabaja en serie, limitándose a realizar tan sólo una opera-

(21) Cfr. JACQUES ELLUL: *El siglo XX y la técnica*. Madrid, 1960, pp. 9 y ss.

ción fragmentaria. Su esfuerzo se ve privado del más insignificante valor creador. Además, ese trabajo parcial se repite lo mismo una y mil veces, dentro de la más desesperante monotonía. Ese hombre que no ve la totalidad a que pertenece la pieza que hace, ese hombre que trabaja para una empresa anónima, ese hombre que no puede sentirse satisfecho necesita luego—al salir del taller o de la fábrica—algo que le ennoblezca o dignifique. Si no, será otra pieza pasiva y triste, en medio de una sociedad automatizada.

En el equilibrado engranaje del desarrollo económico con la educación, ésta debe servir para crear en el trabajador actual la conciencia de la utilidad, de la necesidad de su trabajo fragmentario, cuya importancia sólo puede vislumbrarse si se contempla desde lejos, como un eslabón indispensable de esa inmensa cadena que es la producción en serie. Hoy ya no cabe el aprendizaje a la manera antigua. Hoy, en cambio, se puede aprender a trabajar colectivamente y se debe aspirar a estudiar métodos más racionales y perfectos. Hoy se debe tender, si no al goce del trabajo individual, sí a otro goce distinto: el del trabajo en equipo, que si no encierra aquella íntima satisfacción que experimentaba el artesano, sí puede, en cambio, significar un nuevo sentido cooperativo, creando un sentimiento nuevo de solidaridad, de comprensión y de recíproca relación social. Frente a tópicos ya muy gastados—la lucha de clases, la explotación por el trabajo, etc.—, la educación actual ha de entender el trabajo como «formación», pero no sólo técnica, mecánica o económica, sino, además, como «formación» plena de la personalidad.

En el afán de ir equilibrando las complejas economías del mundo se acumulan hoy planes y más planes de desarrollo en todos los países. Lo material y lo tangible es lo primero que cuenta.

¿Cuándo podrá acompasarse el paso arrollador de la economía mundial a la andadura—tradicional o rutinaria a veces, pero necesariamente más reposada—del proceso educativo de la Humanidad? El peligro de que se tarde a encontrar el equilibrio—y aun de que no se encuentre—reside en esa prisa vertiginosa—casi como de un vehículo lanzado en plena carrera—que nos arrastra inexcusablemente hacia el mayor bienestar material, con lamentable olvido de otros bienes más altos. Sin pecar de pesimistas, se ha de reconocer que aun estableciéndose desde ahora un perfecto equilibrio entre las necesidades económicas y las necesidades educativas, mediarán por lo menos cincuenta años para que empecemos a contar con nuevas generaciones plenamente formadas al ritmo de las nuevas exigencias económico-culturales.

El problema no nace ahora. Viene ya desde los mismos orígenes del maquinismo. Se ha partido—años atrás—del mundo de la máquina, apenas sin atención para el hombre. Se han pro-

ducido máquinas e instrumentos y se han puesto hombres y más hombres a su servicio. Todo esto, a lo que saliere, durante más de medio siglo. Luego se ha ido comprendiendo que el hombre podía rendir más si su esfuerzo era sometido a ciertas normas (división del trabajo, técnicas humanas, relaciones públicas, *tests*, etc.) Pero el hombre, en su afán natural de producir más, de ganar más dinero, de vivir cada vez mejor, ha sido inconscientemente cruel consigo mismo. Se ha devorado a sí mismo. Con un concepto estrecho de la economía y en exceso utilitario de la educación se ha situado en una posición errónea, corvirtiéndose casi en un esclavo de la máquina, porque ésta condiciona cada vez más las reacciones humanas. Hay tal reciprocidad entre los dos componentes del complejo hombre-máquina, que a veces no se sabe cuál depende más del otro. «El hombre autómatas—observa Armand (22)—, que no ejecuta más que gestos mecánicos, es sólo una etapa en el progreso del automatismo y debe desaparecer. El hombre del porvenir debe librarse de todos estos gestos indignos de él. No se trata de convertir a los humanos en esclavos de las máquinas, sino al contrario, de liberarlos de tan agotadoras tareas para reservarles únicamente los trabajos inteligentes.»

No bastan hoy leves reformas o retoques parciales en los métodos y sistemas educativos. Paralelamente a los planes de desarrollo económico, se hace preciso un enfoque total y coherente de la educación en la plenitud de sus aspectos y desde cualquier punto de vista, hasta integrarla y adecuarla a la sociedad. Cada grado de enseñanza no podrá ser, desde ahora, un compartimento estanco sin conexión con los demás. Las bibliotecas, los laboratorios, los seminarios de clase, los ateneos, las casas de cultura habrán de integrarse también—dentro de su gran diversidad—en ese gran concierto de una educación coordinada, planificada, plena, porque todos los niveles de enseñanza y todas las entidades científicas y culturales se necesitan y han de apoyarse recíprocamente. No bastarán los esfuerzos aislados ni las visiones fragmentarias. Se requieren un trabajo conjunto y una continuada evaluación y revisión de los planes educativos ante las cambiantes exigencias económico-sociales.

LA EDUCACION, ALMA NUTRICIA DE LA SOCIEDAD E IMPULSO HACIA LA CULTURA Y EL REPOSO CREADOR

Hace falta esa educación integral—técnica y del espíritu—porque el hombre no es un mero productor, no es un puro trabajador, sino que tiene ocios, inquietudes y aficiones, dentro de una

(22) Cfr. LOUIS ARMAND: Discurso en el XI Congreso Internacional de la Organización Científica. París, junio de 1957.

variadísima gama de posibilidades formativas de su personalidad.

Se precisa además esa educación integral para que el hombre pueda sentirse plenamente hombre, es decir, para que su esfuerzo y su trabajo se vean luego compensados no sólo con bienes materiales, sino con bienes del espíritu. Esa clase de educación integral es la que desde niño le habituara, le aficionara también a estos últimos.

Es hoy urgente cultivar al hombre por encima de su propia especialidad profesional. El ritmo, la prisa y las peculiares características del trabajo moderno producen un impacto morboso sobre los que lo realizan, quienes a menudo suelen sentir un doble complejo de frustración económica y social (23).

La monotonía, la rutina del trabajo mecanizado llega a producir hastio, desgana, embrutecimiento. Desmoraliza. Crea vacíos cerebrales. «Quizá un día —señala Pedragosa (24)— se intenta utilizar el ocio cerebral... para instruir a los obreros durante su trabajo por medio de lecturas o conferencias... El problema del ocio cerebral, elementalísimo en pedagogía, educación y reeducación, se plantea en la industria, sin que los psicotécnicos hayan hallado por ahora el más mínimo amago de solución. Se trata de evitar que el vacío psíquico provocado por la repetición mecánica de un mismo gesto no reduzca al obrero a la condición de un ser más primario cada vez, sujeto a impulsos cada vez más primarios también.»

El productor actual *no vive* su trabajo como lo vivía el artesano antiguo. No le procura satisfacciones como tal trabajador. En cambio, sí le permite un nuevo poder adquisitivo mucho mayor que antes.

En este aspecto el trabajador actual se ha convertido en consumidor. Pero ¿está lo suficientemente educado, preparado, para ser un buen consumidor? ¿Qué consume? ¿Cómo consume? No sólo de pan y de aparatos mecánicos ha de vivir el hombre de hoy. Necesita ocios para satisfacer necesidades más altas. Requiere en torno suyo elementos culturales que actúen sobre él a la manera de un catalizador o depurador de sus propias apetencias, de sus gustos, de sus afanes de evasión y de aventura. Exige —además del pan y de las máquinas— el alma nutricia de una educación que le eleve. Pero ¿qué postura suele adoptar a menudo el hombre actual? Como dice Ellul (25), «existe la huida. Es la solución que se elige espontáneamente. Y es también otro aspecto del bloqueo de la persona. No puede haber salvación real para ella, y entonces se lanza a la ilusión y a la inconsciencia...»

Se ha dicho que la verdadera libertad humana empieza cuando termina la jornada de trabajo, porque en el ocio es donde halla el hombre

su plena conciencia de libertad. Lo malo es que a menudo el hombre se dedica a *matar el tiempo* libre dentro de la más uniforme pasividad. Se evade colectivamente. Y lo hace, sin duda, porque antes que un hogar ocupa hoy una vivienda sin diálogo —suplantado por la radio o la televisión—, sin tregua apenas para la lectura o la reflexión... Y de esa vivienda impersonal sale lanzado al bar, al estadio o al cine. Huye de la vivienda con prisa, con una prisa que no se sabe nunca a dónde le lleva. Y así se suele mover en medio de una torpeza casi vegetativa, monótona, e incluso a veces salpicada de malhumorada agresividad.

El ocio, que ha sido privilegio de acomodados, se va extendiendo, por fortuna, a todos. Nos enfrentamos hoy ante lo que algunos sociólogos llaman «la democratización de los ocios». Pero ya prevenía Goethe hace casi dos siglos, que una de las cosas más difíciles para el hombre era hacer buen uso de las horas de asueto. La advertencia sigue teniendo ahora plena vigencia, completa actualidad. Porque en este aspecto hemos avanzado bien poco.

El diverso modo de la utilización del ocio nos explicará mejor que nada el carácter de un individuo y, aún más, la vitalidad, la educación y la coherencia social de una colectividad. Como dice un filósofo contemporáneo (26), «el sabio empleo del ocio es un producto de la civilización y de la educación... Una mejor organización económica —añade—, que permitiera a la Humanidad beneficiarse de la productividad de las máquinas, conduciría a un verdaderamente grande aumento del ocio, y mucho ocio puede hacerse tedioso, excepto para aquellos que tienen intereses y actividades inteligentes. Si una población ociosa —concluye— ha de ser feliz, tiene que ser población educada, y ha de ser educada con miras al placer intelectual, así como a la utilidad directa del conocimiento técnico».

El maquinismo, la técnica, la planificación económica y la racionalización nos van llevando cada vez más hacia una progresiva reducción de la jornada de trabajo, con un proporcional aumento de las horas de asueto. Se hace, pues, urgente educar el ocio para que no se nos mecanice y se nos masifique en medio de una impersonal y uniforme evasión colectiva hacia impulsos inconscientes o automáticos, tan a menudo conducentes al tedio, al alcoholismo, a la angustia nihilista, al vicio *snobista* y destructor.

Hacen falta —junto a los planes de desarrollo económico— educación integral de la personalidad humana y buena voluntad, para eliminar esa carencia —tan frecuente— de acomodo del hombre con su ambiente, con las cosas que le rodean y hasta con sus actos.

España se ha distinguido siempre por su acusada espiritualidad. Tanto y tan extremada a veces, que se ha desangrado incluso en quijo-

(23) Cfr. S. PEDRAGOSA: *Introducción al estudio de la dimensión económica*. Barcelona, 1961, p. 37.

(24) *Ibid.*, pp. 34-35.

(25) Cfr. *Op. cit.*, p. 359.

(26) Cfr. BERTRAND RUSSELL: *Elogio de la ociosidad y otros ensayos*. Madrid, 1953, pp. 19 y ss.

tescas empresas que la han alejado en ocasiones del ritmo económico de otros países.

Ahora que, con remozado brío, se reincorpora al movimiento económico mundial; ahora que está poniendo en marcha un avanzado plan de desarrollo económico no puede olvidar—porque sería infiel a esa constante de su devenir histórico—su reciedumbre moral y espiritualizadora.

Nos hace verdadera falta entrar de lleno en esta nueva corriente técnico-económica de la vida actual, pero a la vez necesitamos también un nuevo entendimiento del humanismo, que debe comenzar en la familia y en la escuela, para continuar luego en todas las esferas y actividades cotidianas, así como en el ocio de cada cual.

Nos hace falta un desarrollo económico y técnico dentro del más amplio horizonte cultural,

en el que cada hombre posea una plena y bien cultivada educación de su personalidad para que sepa hacer el mejor uso de su rendimiento social y de su propia libertad.

Aspiremos, pues, a que en un futuro próximo las nuevas generaciones produzcan más y hagan el mejor empleo de sus horas de asueto. Recordemos, a la manera de un símil o de un símbolo expresivo, aquella novela de Thomas Mann titulada *Los Buddenbrook*, a la que podríamos llamar la novela de las tres generaciones: la primera buscó denodadamente el dinero; la segunda—que había logrado ya la riqueza—trató de conseguir una respetable posición social, y la tercera generación—nacida en la opulencia y el prestigio familiar—pudo consagrar su vida a la más espiritual de las artes: a la música.

El trabajo social en una escuela puesta al día

M.^a RAQUEL PAYA IBARS

1. CONSIDERACIONES SOBRE LA MISION DE LA ESCUELA

Las consideraciones que se hacen sobre escuela no están ceñidas a los grados primarios. Abarcan *todos los tipos, clases y grados de la enseñanza escolar*. Incluso no queda fuera del ámbito la Universidad.

En los momentos actuales la misión de la escuela ha superado en exceso las tareas docente-discentes, para *ampliar a todo lo humano y a todo lo social su acción directa*. O, al menos indirectamente, ha de tenerlas en cuenta.

Este desbordamiento de las funciones meramente instructivas exige que el cuerpo docente busque la integración de otros profesionales en el equipo escolar. Cualificados éstos en el tratamiento de aspectos o sectores que no son propios de los profesores, maestros o catedráticos, ven otros aspectos del hombre, necesarios para una educación.

He aquí la composición del *equipo mínimo para un centro escolar*:

Dirección del centro escolar.—Debe recaer en un educador—cualquiera que sea su especialidad—que tenga cualidades personales de jefe

de grupo, de *leader*. Al mismo tiempo ha de tener una especial preparación en psicopedagogía de aquellos que son sus alumnos. No comprendemos de otro modo la estructuración de una escuela en una organización científica del trabajo. La o las personas que compongan el cuerpo directivo depende de la modalidad del centro.

Jefatura de estudios.—Utilizamos este término por ser de uso común. Personalmente preferiríamos otros que hiciesen claramente referencia a su función de «guías del trabajo escolar». Para este cargo es imprescindible una formación psicológica y didáctica especializada. La *cualificación profesional* de las funciones escolares exige que no seamos superados por otros sectores de la producción nacional que entitativa y axiológicamente son inferiores.

Servicios de psicopedagogía escolar.—No cabe una organización científica del trabajo escolar sin un conocimiento del personal que ha de realizarlo. Los servicios de psicología escolar se han ido abriendo camino entre nosotros, pero con frecuencia no obtienen el fruto que sería de esperar, porque no se completan con la aplicación a un mejor aprendizaje, a una más racional comprobación de lo aprendido, a una dirección de